

REVISTA MODERNA

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO III = BOGOTÁ, FEBRERO 15 DE 1916 = N.º 16

Derecho Internacional.

UNA APLICACION DEL ARBITRAJE

UNA de las cuestiones planteadas en el Congreso científico panamericano que se reunió hace algunas semanas en Washington, fue la de la solución por medio del arbitraje de los litigios de límites pendientes aún entre varios de los países del Nuevo Mundo. Esa iniciativa nos parece altamente benéfica y civilizadora desde todo punto de vista, aunque es de sentir que ella hubiera partido, no de quienes están interesados en la adopción de ese procedimiento internacional, sino del señor Lansing, Secretario de Estado de la República anglo-sajona, la que no tiene por resolver pleito alguno de tal especie.

El problema de la delimitación de fronteras no reviste, por regla general, entre los pueblos latinoamericanos, los caracteres inquietantes que ofrece entre los Estados cultos del Viejo Continente. Allí existe, ante todo, el factor de las nacionalidades, que tanta sangre ha hecho verter en los últimos siglos a los pueblos europeos. Mientras Polonia continúe esclavizada, en tanto que los eslavos del Imperio austriaco no logren su aspiración suprema de verse reunidos a las patrias primitivas, mientras Italia tenga como acicate para su ambición a las provincias irredentas, hasta el día en que los pueblos de Europa no recobren sus fronteras étnicas naturales, no habrá paz para aquélla, porque la formación de sus Estados des-

cansará en la base inestable del derecho de conquista. Esa herencia fatal de una época en que eran las guerras y las alianzas entre los príncipes las que decidían de la suerte de provincias y naciones, pesa hoy y seguirá pesando irremisiblemente sobre Europa, y el militarismo, el crecimiento agobiador de los impuestos, las rivalidades y los conflictos armados, todas las inquietudes y los peligros que han venido devorando a aquellos pueblos, encontrarán siempre en los litigios de fronteras, si no su causa determinante, al menos un motivo que los agrava hasta el punto de convertirlos en flagelo de la humanidad y la civilización.

En la América latina no conocemos ese perturbador problema de las nacionalidades. Comunidad o analogías de historia, identidad en las costumbres y en las instituciones, casi uniformidad de lengua, unidad en las creencias religiosas, igualdad en nuestra formación étnica y en nuestro origen, porque mal que pese a la separación política que hoy aleja a España y Portugal, en ambos pueblos no palpita otro sentimiento que el de la Gran Patria ibérica, todo autoriza para afirmar que las naciones ibero-americanas viven con una sola alma y que no son ellas sino fragmentos dispersos de una gran nacionalidad.

No es difícil comprender que entre pueblos que se hallan en semejantes circunstancias los litigios de fronteras son de más fácil solución, porque aun cuando regiones pobladas que hoy pertenecen a un Estado hayan de pasar luego a otro, no se sentirán tan violentadas en sus costumbres o en sus ideales religiosos o políticos como aquellas que pasan al dominio de naciones a las cuales son extrañas en absoluto por diversidad de idioma, de creencias, de instituciones o de sangre.

La escasez de población de nuestras repúblicas, que cuentan con vastísimos territorios desiertos y aun inexplorados, es otro factor que dulcifica sus diferencias de

límites. En Europa el exceso de habitantes convierte en lucha a muerte la lucha por la vida. Los países de ese continente no alcanzan en ocasiones a sustentar y a dar trabajo a sus propios hijos, y como ni el cultivo intensivo de la tierra ni el ensanche incesante de las industrias bastan para ese objeto, tienen que ser necesariamente imperialistas. De ahí que, impulsados por ley ineludible a una política de expansión, vayan a buscarla en tierras lejanas y salvajes, como en la heredad del vecino, y de ahí también lo doloroso que es para cualquiera de esos Estados la pérdida de la más insignificante de sus provincias.

Ese aspecto de la lucha económica internacional no lo conocen todavía, por fortuna, las agrupaciones ibero-americanas. No pocas de ellas llegan hasta ignorar la importancia de inmensos territorios comprendidos dentro de sus límites, y la generalidad posee vastísimas regiones entrevistas apenas por la mirada del hombre civilizado. Natural es, por lo mismo, suponer que la cesión de unos centenares de kilómetros, máxime cuando se trate de selvas impene-trables y bravías, no implica para nuestras repúblicas una pérdida tan sensible como la que significaría para el Imperio alemán la cesión de la provincia rhenana, para Rusia la emancipación de Polonia, para Francia la cesión de Flandes o para España la separación de Cataluña.

Un tercer elemento que mucho influye en la faz particularísima bajo la cual presentamos nuestras controversias de fronteras es la circunstancia de que al empezar la guerra de la independencia, período que se toma generalmente como punto de partida para el nacimiento de nuestros Estados, no se hallaban perfectamente definidos los límites de las nuevas entidades soberanas. Las disputas nunca resueltas entre Portugal y España respecto de sus colonias, la ignorancia de ciertos detalles geográficos que hacían confusas las cédulas en que los monarcas espa-

ñoles fijaban la jurisdicción de los Virreyes y Presidentes coloniales, las mismas contradicciones que se notan en algunas de esas cédulas, han creado cierta incertidumbre en los títulos que nuestras repúblicas exhiben para acreditar su derecho sobre algunos de los territorios que reclaman.

Si, pues, en la generalidad de los casos nuestros países no sabrían siempre afirmar de manera categórica y respaldados en un derecho incontestable hasta qué línea precisa se extienden sus fronteras; si, además, la tierra no tiene para nosotros el valor excepcional que tiene para los europeos; y si, por sobre todo ello, tales litigios no revisten en la América latina el carácter de pleito enconado entre pueblos hostiles o siquiera extraños, sino más bien el de rencillas lugareñas entre los componentes de una sola nacionalidad, el primer medio que se ofrece a la imaginación para resolverlos es el del arbitraje, ajeno a todo arranque de violencia, fundado en el derecho y generador de la conciliación que debe reinar entre pueblos hermanos por los ideales, por la raza y por la historia.

¿A qué renovar sin necesidad en nuestro continente los odios y las retaliaciones que forman capítulo por capítulo los anales de los pueblos europeos? ¿A qué despedazarnos entre nosotros mismos, cuando necesitamos nuestras energías para acabar de crear las propias patrias, que con pasos vacilantes empiezan apenas a trillar los escabrosos senderos de la vida independiente? ¿Acaso en el norte, en el occidente y en el este no se advierten aún ojos que miran con codicia nuestros vastos territorios y nuestras riquezas incalculables?

Por otra parte, la solución de nuestros litigios de fronteras, para que sea pacífica, debe realizarse en el actual momento de nuestra historia. Dentro de pocos años el crecimiento económico de la América latina tornará excepcionalmente difíciles diferencias que hoy sólo requieren

un ápice de buena voluntad. En cuanto a los colombianos, por experiencia propia sabemos lo inconveniente que es el retardar el arreglo de las cuestiones fronterizas. Nuestros territorios del Caquetá y del Putumayo poco menos que perdidos, expuesto a los caprichos de las autoridades de Venezuela nuestro comercio de tránsito por esa República, hostilizados por las intrigas de nuestros vecinos cada vez que tratamos de dar solución satisfactoria al magno problema de Panamá, no existe uno solo de los asuntos internacionales colombianos que no se resienta de nuestra desidia en la fijación de las fronteras patrias, de nuestra falta de límites determinados y precisos.

No queremos llevar nuestros deseos de fraternidad americana hasta la obsesión extravagante de aquel eminente político liberal que prometió a Costa Rica una porción del territorio colombiano con tal de que adoptase como propia la Constitución de Rionegro; pero también rechazamos, como altamente perjudicial para los intereses del país, el *chauvinismo* que impide todo arreglo internacional cuando no se funda en un concepto intransigente de lo que creemos nuestro derecho.

El arbitraje, por lo demás, implica sacrificio no sólo de parte de determinado país. Aplicado al asunto de la fijación de límites entre las repúblicas ibero-americanas, supone de parte de todas ellas concesiones que hacer en aras de la paz, la cordialidad y la conciliación.

¿Y qué ganarían nuestros países con resolver por medio de la fuerza esa clase de litigios internacionales? Vivir en continua zozobra, esperando la represalia del país vencido; agobiar al pueblo con impuestos destinados a la guerra, invertir en un militarismo estéril los recursos que se deben emplear en obras más civilizadoras y más necesarias para nuestras sociedades incipientes.

Con perfiles proceros se destaca en la historia del Brasil la figura del Barón de Río Branco. Ha sido quizá éste el más eminente de los hijos de la República hermana. Pues bien: para llegar a tan alta cúspide, Río Branco sólo necesitó fijar amigablemente los límites de su país. La labor fue ruda: invirtió en ella varios lustros y hubo de sufrir en ocasiones amargos ataques de sus conciudadanos, que no siempre creyeron sus negociaciones ventajosas para la patria. Pero esas contrariedades no amilanaron su fe en la bondad de la tarea que había emprendido, y cuando al fin de su carrera política, que terminó con su vida, el pueblo brasilero recapacitó sobre la obra del grande hombre, pudo afirmar que éste con su valor moral había hecho más por la grandeza y felicidad del Brasil que la gloria y las conquistas que hubiera podido darle en cien batallas un caudillo victorioso.

¡Valor moral! Hé ahí lo que necesitarían los hombres de Estado de algunas de nuestras repúblicas para sobreponearse a la grito de *chauvinismos* antipatrióticos y afrontar directamente el arreglo de nuestras controversias fronterizas. Pero como esa es virtud que no se adquiere en un día, ahí tenemos el arbitraje que no exige gestos heroicos de quienes intervienen en las negociaciones de límites, y que, hasta donde es humanamente posible, se funda en la mutua conveniencia de las naciones, en sentimientos de fraternidad y en principios de justicia.

FELIPE BARÓN.

(De la Redacción de *El Nuevo Tiempo*).

Febrero de 1916.

Empezar

EDGAR ALLAN POE (1)

SEMEJANTES a los Fuertes de los días antiguos, viven en sus torres de piedra, de hierro y de cristal los hombres de Manhattan.

En su fabulosa Babel gritan, mugen, resuenan, bramán, conmueven la Bolsa, la locomotora, la fragua, el banco, la imprenta, el dock y la urna electoral. El edificio *Produce Exchange* entre sus muros de hierro y granito reúne tantas almas cuantas hacen un pueblo. . . . Hé allí Broadway. Se experimenta casi una impresión dolorosa: sentís el dominio del vértigo. Por un gran canal cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrios y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres-sandwichs vestidos de anuncios y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su hervor continuo, llega a sentirse la angustia de ciertas pesadillas. Reina la vida del hormiguero, un hormiguero de percherones gigantescos, de carros monstruosos, de toda clase de vehículos. El vendedor de periódicos, rosado y risueño, salta como un gorrion de tranvía en tranvía, y grita al pasajero: *Intanr-soonwood!*, lo que quiere decir si gustáis comprar cual-

(1) El cable anuncia la muerte del gran Darío, ocurrida en León de Nicaragua, su ciudad natal. La poesía castellana—la de ambos hemisferios en donde se hable la lengua de Castilla—pierde con este insigne apolónida un auténtico poeta, peregrino de la eterna Belleza y paladín de cuanto fue armonioso, perfecto y raro.

Audaz innovador de la métrica castellana, Darío fue antes que todo un evocador de sensaciones artísticas: su genio le dió el triunfo.

Difícil vaticinar, entre las nuevas generaciones, quién sea digno de recibir la herencia de su arpa: el viejo instrumento de Mignon se halla por hoy enlutado. ¿Quién arrancará de sus cuerdas igual cascada de armonía?

Nuestros lectores verán con placer el hermoso estudio sobre Poe que hoy reproducimos, y en el cual Darío, en la prosa insuperable que le era peculiar, vierte su admiración por el infortunado autor de *El Cuervo*. (N. de la D.)

quiera de estos tres diarios, el *Evening Telegram*, el *Sun* o el *World*. El ruido es mareador y se siente en el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de los cascos, el vuelo sonoro de las ruedas parece a cada instante aumentarse. Temeríase a cada momento un choque, un fracaso, si no se conociese que este inmenso río, que corre con una fuerza de alud, lleva en sus ondas la exactitud de una máquina. En lo más intrincado de la muchedumbre, y en lo más convulsivo y crespo de la onda de movimiento, sucede que una *lady* anciana bajo su capota negra, o una *miss* rubia, o una nodriza con su bebé quiere pasar de una acera a otra. Un corpulento *policeman* alza la mano; detiéndose el torrente; pasa la dama; *jall right!*

«Esos cíclopes....» dice Groussac; «esos feroces calibanes....» escribe Peladan. ¿Tuvo razón el raro Sar al llamar así a estos hombres de la América del Norte? Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia, desde su estado misterioso con Edison hasta la apoteosis del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Caliban se satura de *whisky*, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del aire, engorda y se multiplica; su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos poderosos monstruos algún ser de superior naturaleza que tiende las alas a la eterna Miranda de lo ideal. Entonces, Caliban mueve contra él Sycorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte....

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse

a leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poesía, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas a través del polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú, como ellas, eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, ¡oh mi ángel consolador, oh mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Frances, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra erra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helen, la que fue vista por primera vez a la luz de perla de la luna; la otra, Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra, Annabel Lee, que amó con un amor, envidia de los serafines del cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor.... Ellas son, cárdido coro de ideales oceánidas, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado a la montaña yanqui, cuyo cuervo, más cruel aún que el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado apuñaleándole con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retor-

no, siento la venida de tu sér inmortal, cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tiende hacia mí su negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incomparable guía, y por tu claridad inefable llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza.

*
* *
*

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y trascendente para que su nombre y su obra no sean a la continua recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro o en la revista, no se ocupen del excelso poeta americano críticos, ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó la vida del hombre; nada puede aumentar la gloria del soñador maravilloso. Por cierto que la publicación de aquel libro, cuya traducción a nuestra lengua hay que agradecer al señor Mayer, estaba destinada al grueso público.

¿Es que en el número de los escogidos, de los aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado su propio valor, el odioso fárrago del camino Griswold? La infame autopoesía moral que se hizo del ilustre difunto debía tener esa bella protesta. Ha de ver ya el mundo libre de mancha al cisne inmaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota imaginación tan estupenda. El dón mitológico parece nacer en él por lejano atavismo y vese en su poesía un claro rayo del país de sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace en él el alma caballeresca de los Le Poer, alabados en las crónicas de Generaldo Gambresio. Arnaldo Le Poer lanza en la Irlanda de

1327 este terrible insulto al caballero Mauricio de Desmond: «Sois un rimador». Por lo cual se empuñan las espadas y se traba una riña que es el prólogo de guerra sangrienta. Cinco siglos después, un descendiente del provocativo Arnoldo glorificará a su raza, erigiendo sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe, ciertamente, no interesa sino a «aquellos que tienen gusto de averiguar los efectos producidos por el país y el linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio», según las palabras de la noble señora Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra a todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que lleven su apellido en la tierra del honorable padre de su patria, Jorge Washington.

Sábese que en el linaje del poeta hubo un bravo sir Rogerio, que batalló en compañía de Strongbow; un osado sir Arnoldo, que defendió a una *lady* acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre «Condesa» del tiempo de Cromwell; y pasando sobre enredos genealógicos antiguos, un general de los Estados Unidos, su abuelo. Después de todo, ese sér trágico, de historia tan extraña y romancesca, dio su primer vagido entre las coronas marchitas de una comedianta, la cual le dio vida bajo el imperio del más ardiente amor. La pobre artista había quedado huérfana desde muy tierna edad. Amaba el teatro, era inteligente y bella, y de esa dulce gracia nació el pálido y melancólico visionario que dio al Arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable don de la belleza corporal. De todos los retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aquella especial hermosura que en descripciones han dejado muchas de las personas que le conocieron. No hay duda de que en toda la iconografía poeana, el retrato

que debe representarle mejor es el que sirvió a Mr. Clarke para publicar un grabado que copiaba al poeta en el tiempo en que éste trabajaba en la empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protestó contra los falsos retratos de Poe que después de su muerte se publicaron. Si no tanto como los que calumniaron su hermosa alma poética, los que desfiguran la belleza de su rostro son dignos de la más justa censura. De todos los retratos que han llegado a mis manos, los que más me han llamado la atención son el de Chiffart, publicado en la edición ilustrada de Quantin, de los *Cuentos extraordinarios*, y el grabado por R. Loccup para la traducción del libro de Ingram por Mayer. En ambos Poe ha llegado ya a la edad madura. No es por cierto aquel gallardo jovencito sensitivo que al conocer a Elena Stannard quedó trémulo y sin voz, como el Dante de la *Vita Nuova*. . . . El es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por sus propias desgarradas carnes cómo hieren las asperezas de la vida. En el primero, el artista parece haber querido hacer una cabeza simbólica. En los ojos, casi ornitomorfos; en el aire, en la expresión trágica del rostro, Chiffart ha intentado pintar al autor del *Cuervo*, al visionario, al «unhappy Master», más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada triste, de tristeza contagiosa; esa boca apretada, ese vago gesto de dolor y esa frente ancha y magnífica en donde se entronizó la palidez fatal del sufrimiento, pintan al desgraciado en sus días de mayor infortunio, quizá en los que precedieron a su muerte. Los otros retratos, como el de Halpin, para la edición de Armstrong, nos dan ya tipos de lechuguinos de la época, ya caras que nada tienen que ver con la cabeza bella e inteligente de que habla Clarke. Nada más cierto que la observación de Gautier:

Es raro que un poeta, dice, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene

sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva: apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura o una arruga.

Desde niño, Poe «prometía una gran belleza» (1).

Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía sabía dar excelentes puñetazos. Más tarde dirá de él una buena señora: «Era un muchacho bonito» (2).

Cuando entra a West Point, hace notar en él un colega, Mr. Gibson, su «mirada cansada, tediosa y hastiada». Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: «Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor: lo que las damas llamarían claramente bello». Una persona que le oye recitar en Boston, dice: «Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera». Un precioso retrato es hecho de mano femenina: «Una talla algo menos que de altura mediana quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que, a mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatura dominante. Esos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia....» (3). Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: «Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba, y era a ellos a los que su cara debía su atractivo peculiar. Jamás he visto otros ojos que en algo se le parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un negro de azabache; el iris, acero-gris, poseía una cristalina claridad y

(1) Ingram.

(2) Miss Royster, citada por Ingram.

(3) Miss Heywood. citada por Ingram.

transparencia, a través de la cual la pupila, negra-azabache, se veía expandirse y contraerse, con toda sombra de pensamiento o de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba a él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que mentalmente estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena de ello. «¡Qué ojos tan tremendos tiene el señor Poe!, me dijo una señora. Me hace helar la sangre el verle darlos vueltas lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy hablando» (1). La misma agrega: «Usaba un bigote negro, esmeradamente cuidado, pero que no cubría completamente una expresión ligeramente contraída de la boca y una tensión ocasional del labio superior que se asemejaba a una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible y, sin embargo, intensamente expresivo. No había en ella nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo». Sábese, pues, que aquella alma potente y extraña estaba encerrada en hermoso vaso. Parece que la distinción y dotes físicas deberían ser nativas en todos los portadores de la lira. Apolo, el crinado numen lírico, ¿no es el prototipo de la belleza viril? Mas no todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los privilegiados se llaman Goethe, Byron, Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propiedad «la enfermedad del ensueño». Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de

(1) Mrs. Weiss, *ibid.*

esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del Arte, que, por amor al eterno ideal, tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo que era su martirio. Desde niño quedó huérfano y le recogió un hombre que jamás podría conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. El señor Allam—cuyo nombre pasará al porvenir al brillo del nombre del poeta—jamás pudo imaginarse que el pobre muchacho recitador de versos que alegraba las veladas de su «home», fuese más tarde un egregio príncipe del Arte.

En Poe reina el «ensueño» desde la niñez. Cuando el viaje de su protector le lleva a Londres, la escuela del dómine Brandeby es para él como un lugar fantástico que despierta en su sér extrañas reminiscencias; después, en la fuerza de su genio, el recuerdo de aquella morada y del viejo profesor han de hacerle producir una de sus subyugadoras páginas. Por una parte, posee en su fuerte cerebro la facultad musical; por otra, la fuerza matemática. Su «ensueño» está poblado de quimeras y de cifras como la carta de un astrólogo. Vuelto a América vémosle en la escuela de Clarke, en Richmond, en donde al mismo tiempo que se nutre de clásicos y recita odas latinas, boxea y llega a ser algo como un *champion* estudiantil; en la carrera hubiera dejado atrás a Atalanta, y aspiraba a los lauros natatorios de Byron. Pero si brilla y descuellosa intelectual y físicamente entre sus compañeros, los hijos de familia de la fofa aristocracia del lugar miran por encima del hombro al hijo de la cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido la hiel que tuvo que devorar este sér exquisito, humillado por un origen del cual en días posteriores habría orgullosamente de gloriarse? Son esos primeros golpes los que empezaron a cincelar el pliegue amargo y sarcástico de sus labios. Desde muy temprano cono-

ció las asechanzas del lobo racional. Por eso buscaba la comunicación con la Naturaleza, tan sana y fortalecedora.

«Odio sobre todo y detesto este animal que se llama hombre», escribía Swift a Pope. Poe, a su vez, habla «de la mezquina amistad y de la fidelidad de polvillo de fruta (*gossamer fidelity*) del mero hombre». Ya en el libro de Job, Eliphaz Themanita exclama: «¿Cuánto más el hombre abominable y vil que bebe como la iniquidad?» No buscó el lírico americano el apoyo de la oración; no era creyente, o, al menos, su alma estaba alejada del misticismo. A lo cual da por razón James Russell Lowell lo que podría llamarse la matematicidad de su cerebración. «Hasta su misterio es matemático, para su propio espíritu». La ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido. La especulación filosófica nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdadero. En todas sus obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces está escrito el nombre de Cristo (1). Profesaba, sí, la moral cristiana; y en cuanto a los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo inexorable. En él, la ecuación dominaba a la creencia, y aun en lo referente a Dios y sus atributos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto propio del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración (2); olvidando la profunda afirmación filosófica: *Intellectus noster sic se habet; ad prima entium quæ sunt manifestissima in natura, sicut oculus vesperilionis ad solem*. No creía en lo sobrenatural, según confesión propia; pero afirmaba que Dios, como creador de la Naturaleza, puede, si quiere, modifi-

(1) Tiene, no obstante, un himno a María en *Poems and Essays*.

(2) Spinoza: *Tratado teológico-político*.

carla. En la narración de la metempsícosis de Ligeia hay una definición de Dios, tomada de Granwill, que parece ser sustentada por Poe: Dios no es más que una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad. Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas palabras: «Si las cosas mismas no determinan el fin por sí, porque desconocen la razón del fin, es necesario que se les determine el fin por otro que sea determinador de la Naturaleza. Este es el que previene todas las cosas, que es por sí mismo necesario, y a éste llamamos Dios....» (1) En la *Revelación magnética*, a vuelta de divagaciones filosóficas, Mr. Vankirk—que, como casi todos los personajes de Poe, es Poe mismo—afirma la existencia de un Dios material, al cual llama materia suprema e imparticulada. Pero agrega: «La materia imparticulada, o sea Dios en estado de reposo, es, lo que entra en nuestra comprensión, lo que los hombres llaman espíritu». En el diálogo entre Oinos y Agathos pretende sondear el misterio de la divina inteligencia; así como en los de Monos y Una y de Eros y Charmion penetra en la desconocida sombra de la Muerte, produciendo, como pocos, extraños vislumbres en la concepción de su espíritu en el espacio y en el tiempo.

RUBÉN DARÍO.

(1) Santo Tomás: *Teodicea*, XLIV.

Brieg.

UN RASGO DE NARIÑO

Crónica para REVISTA MODERNA.

ESTO acaeció en Santafé de Bogotá, por los años de 1804, de apacible monotonía colonial. El ancho portalón de un convento de frailes, lleno todo aquél de enormes clavos de anchas cabezotas negras, se encuadraba en el muro de una de las calles principales de la ciudad de los Virreyes, del chocolate, las maestranzas y la ropilla; terminado el zaguán, cuyo piso era un arabesco de pedrezuelas y huesecillos redondos—vértebras y hasta rótulas de ganados,—torcíase a la izquierda por el amplio corredor, y en éste se encontraba la gran pieza, confortable y silenciosa, donde ejercía su mayordomía el alegre fraile a quien llamaremos fray Tomás, no porque tuviera semejas algunas con el de Aquino, sino por lo que más adelante se leerá.

Manejaba—queda ya tácitamente dicho—el dicho fraile los dineros no escasos de la comunidad, probable y únicamente por sus habilidades de financista y negociador, ya que vista por otro cariz su personalidad, no parecía muy llamado para tales manejos, comoquiera que fray Tomás tomaba de cuando en vez más de lo necesario el puro vino de la Península, que añejo se guardaba en botijas empolvadas y vestidas de telarañas, como pordioseras viejecitas, arrebujadas en pingajos miserables y acurrucadas en el tugurio. . . .

Ved cómo viene el fraile, lento el caminar, metida cada mano entre la ancha manga de la otra, cruzados así los brazos como muestra de humildad y paciencia conventual; cuélgale de la cintura el ancho cordón charolado y cubre a toda esa personalidad—un mucho alta y robusta—sombretero negro de proporciones enormes para ser sombre-

ro, y que bien puede figurarse uno que es batea al revés, volcada canoa de pescador o también una volcada coqueta góndola veneciana. . . . Sigamos al religioso hasta su morada y lo veremos llegar a la indicada pieza; siéntase en la cómoda silla de cuero; respira un tanto agitado, y sacando la diestra del escondrijo de la ancha manga izquierda, coloca sobre la mesa dos regulares bolsas de oro, causa eficiente de la prenombrada actitud humilde; levántase luégo, va a un rincón con menos luz que la de una penumbra, y se oye el gorgotear del rubio licor que de un repleto vaso de plata va derramándose con pagana dulzura, por la garganta de fray Tomás: necesario y justo es este refrigerio, pues muchas son sus labores y mucho el correr de la plaza de la Audiencia al convento, que distan nada menos que tres cuadras largas, medidas con vara española.

De nuevo en el sillón, recuenta una de las bolsas y justo es asimismo que este trabajo autorice para escanciar por segunda vez el pulimentado vaso, cuya redonda boca abierta parece llamar con llamamiento de sirena a que la besen al amparo de la semi-sombra protectora. Viene el contar de la segunda bolsa, y vedlo cómo repite el premio a su escrupulosidad; y así continúa el tesorero o mayordomo, hasta que al principiar de una segunda hora de premiación vinosa, vino el sueño, el sueño, que es el premio mejor a la buena y serena asistencia a esta escuela de corrección que se llama la Vida.

Pero aconteció que un contertulio, amigo íntimo de nuestro fraile y *tercio* en el juego de la *ropilla*, y cuyo apellido no se dirá en esta crónica por llevarlo muchos con honor hoy mismo; y aconteció, dijimos, que ese personaje noble y de empinada prosapia, entró a la pieza consabida y, bien catadas las condiciones del amigo, del vaso, de la rinconera y de las bolsas, tomó aquestas y llevóse-las a su casa de él, no con la limpia intención de salvar-

las y devolverlas, pues bien seguras dentro del convento estaban, sino para hacer de ellas gasto personal, fecundo y productivo. En otro decir: se las hurtó; y no las apellidamos robadas, porque ya eran bien conocidas, ¡y cómo no habrían de serlo! las escrituras de don Alfonso el Sabio, donde se lee lo que se lee hoy en todo Código penal medianamente civilizado, que para la existencia del delito de robo se há menester la fuerza o violencia contra personas o cosas. Y ni lo uno ni lo otro hubo, comoquiera que tanto reposaba sobre la mesa, tranquilamente, somnolentemente fray Tomás, como reposaban el vaso y las monedas, y ni éstas ni esotro requerían esfuerzo o violencia para ser llevados y traídos, ya que el espíritu (que es lo único que vale en el hombre) se hurta a sí mismo con la suave y traidora atracción del vino, y el oro (que es lo menos para el hombre de verdad) se deja hurtar por grandes y pequeños, como si tuviera conciencia de su vileza o como si supiera que es una perendeca ambulante, sin dignidad alguna.

En su arcón colonial, tosco y feo, lleno de enredos y *máculas* para no ser abierto, como la curiosa caja ferrada que en el Museo nacional puede verse, guardó el hurtador los buenos dineros. En ese mismo instante quizás, ya consciente el bueno de nuestro fraile, se dio a llorar como un bendito y a implorar del Cielo una inspiración salvadora. . . . No podemos en este relato menos de compenetrarnos con esa torturada conciencia y de sufrir con quien no sabrá qué decir al Prior sobre tan grave acaecimiento. Es una gran suma de la que *tenemos* que dar cuenta; no es tanto el castigo material de encierro, ayunos o disciplinas lo que nos aplana y cuasi nos mata; es otra cosa por allá muy en el hondón del alma, un como miedo, terror y temblor; una flacidez, una cosa que no tiene nombre en la lengua, eso que queda después del vino, del pecado y de la pérdida. . . . terceto macabro,

abominable...; nada igual nos ha llegado en la vida, y no hay sino consultar a Dios con fervor intensísimo, con hondo amor... Arrodillémonos.

Ahora sigue solo en su estancia fray Tomás. Hincado de rodillas ante el crucifijo de madera, ora, ora, ora silenciosamente. En esto parece que hace bien a nuestro juicio; creemos que la mejor de las plegarias es la que se hace sin ruido de labios, replegándose el alma sobre sí misma en extático replegamiento y desplegándose después en vuelo luminoso hacia su Dios.

Pasados algunos momentos, y como iluminado, corre, vuela fray Tomás a la casa de otro *tercio* de ropilla, de otro contertulio, persona de autoridad y valer, letrado, inteligente, sagaz y bautizado con el nombre de ANTONIO NARIÑO. Relátale su tortura antes de su pecado, pero éste al fin tuvo que salir por aquella boca, así como víbora de entre el raigambre del árbol muerto. Nariño se levanta y sólo le dice: «Querido fray Tomás: asunto serio es éste, y en él nos ocuparemos mañana, pues ahora tengo urgentísima ocupación. Váyase, mi buen amigo, inmediatamente y siga buscando...»

¡Nuevo puñal en el corazón de nuestro fraile, quien se apresta a regresar semi-cadáver al convento, perdida toda esperanza!... Ya en la puerta, Nariño le detiene y le pregunta:

—¿Y su Paternidad no tiene alguna sospecha?...

El buen fraile quedó meditabundo, y santiguándose dijo:

—Libreme Dios de incurrir en un juicio temerario, pero...

—Veamos qué peras nos da ese peral.

—El único que tiene, fuera de usted, don Antonio, libre entrada a la Mayordomía, es nuestro amigo X...

Nariño sonrió maliciosamente y estrechó la mano de fray Tomás en señal de despedida.

Acompañemos imaginativa y nuevamente al desconsolado que ya tiene una razón más para ser nuestro amigo: su tristeza. Pero sigamos asimismo al consultado, a NARIÑO que en saliendo el fraile toma su *pluma* de pluma y escribe al amigo X, el otro *tercio*, algo más o algo menos de lo que se va a leer:

«Amigo mío: has de tener la bondad, bien agradecida y considerada, de darme en préstamo por momentos la llave de tu arcón; perdido he la mía, y espero que la tuya habrá de servirme en el entretanto».

Y sucedió que NARIÑO, ya con la susodicha llave en la mano, corrió a la casa del prestador y dueño, y sin saludos ni antecedentes, pero sí de rondón, fuese a la caja, y sacando las bolsas de oro del angustiado fray Tomás, que en efecto allí estaban, díjole con acento cordial, amistoso y muy amable:

«Prudente habrá de ser que en lo venidero te apartes un tanto de estas chanzas; has de saber que el bueno de fray Tomás hállase en indecible congoja... Acomó-danse poco, ciertamente, a estos días, que no son de inocentes, tus chistes andaluces. Siempre has sido así: tan juguetón y chanzonero... Hasta la tarde en la ropilla...»

Después.....

EUSEBIO ROBLEDO.

Febrero, 1916.

H. de Europa

LA FILOSOFIA DEL EJERCITO ALEMAN

Para REVISTA MODERNA.

EN la historia general del pensamiento humano, se nos ofrecen de un tiempo a otro hombres que representan de modo más o menos perfecto el espíritu y el pensamiento de la época en que viven. La historia de la literatura francesa en los siglos XVII y XVIII nos muestra dos escritores que pueden considerarse como la personificación de sus respectivos siglos: Bossuet y Voltaire. La fe cristiana, la grandeza, el amor de la perfección artística del siglo de Luis XIV están personificados en las obras del águila de Meaux; y, por otra parte, el escepticismo del siglo siguiente, la irreligión, el espíritu sarcástico, el libertinaje; y al mismo tiempo el ideal de un progreso sin límite, el odio a la opresión, el culto del intelecto, de «las luces», o más bien un espíritu de curiosidad sin freno, que movía a los hombres a abarcar con su esfuerzo individual todos los conocimientos humanos sin profundizar ninguno de ellos; todo esto se halla en la vida y en los setenta volúmenes del filósofo de Ferney.

La época actual será sin duda una de las más memorables que ofrezca la historia. La generación venidera hablará con asombro del año grande y terrible en que una raza, consciente de su fuerza y de su energía vital, ha desafiado al mundo. Verá con estupor los esfuerzos de un pueblo que, teniendo en la mente un ideal de universal dominación y poseyendo medios asombrosos para hacerlo triunfar, se ha echado cuerpo y alma en lucha desigual y gigantesca.

El espíritu de la Alemania actual, del militarismo prusiano y del pangermanismo, está concentrado en los escritos de un filósofo que no es de los más grandes ni de los más profundos, cuyas obras, sin embargo, tiene que leer y meditar el que quiera conocer a fondo el significado del presente tiempo.

Todo el mundo conoce más o menos la vida y la filosofía de Federico Nietzsche. Nacido en 1844 en una aldea del reino de Sajonia, hijo de un ministro protestante de ascendencia polaca y de una madre alemana, estudiante de la filología clásica y de la filosofía de Schopenhauer, más tarde profesor de filología clásica en la Universidad de Basilea, enfermizo durante su vida entera, murió, finalmente, en un asilo de alienados a la edad de cincuenta y tres años. Aborreció a su época y a su patria, odió al cristianismo y a la civilización cristiana, se creyó solo en el mundo, el profeta del porvenir, y no soñó nunca que era el más genuino representante de esa Alemania que tenía tanto placer en vilipendiar.

La idea fundamental de la filosofía de Nietzsche es que la humanidad, bajo la influencia del cristianismo, ha degenerado y que es preciso infundirle vida nueva. El hombre del porvenir no será el sér mezquino y débil que ahora llena el mundo, pertenecerá a una raza superior, será un super-hombre.

«¡Os enseño el super-hombre! El hombre es una cosa que es preciso superar. Todos los seres han creado algo superior a sí mismos; ¿y vosotros queréis ser el reflujo de aquel eterno flujo? El hombre es la razón de ser de la tierra. Vuestra voluntad debe decir: ¡Que el super-hombre sea la razón de ser de la tierra! Permaneced fieles a la tierra y no creáis en los que os hablan de esperanzas celestiales. Son envenenadores conscientes o inconscientes. El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el super-hombre; es un puente, no un fin, una transición, no una decadencia» (1).

La doctrina del super-hombre no es nueva ni en cuanto al nombre ni en cuanto a la cosa. En el diálogo intitulado *Gorgias* pone Platón la doctrina del super-hombre en boca de Calicles y la refuta victoriosamente. «Si se halla entre nosotros, dice Calicles, un hombre dotado de una naturaleza generosa, desprecia nuestros decretos, nuestros artificios, todas las leyes contrarias a la naturaleza, se alza encima de nuestras cabezas; de esclavo que era llega a ser maestro; y entonces brilla con todo su esplendor la justicia conforme a la naturaleza» (2). Y después de aducir el ejemplo de Hércules que robó los bueyes de Gerión, añade Calicles que es cosa justa y conforme a la naturaleza «que los bueyes y todo lo que poseen los seres débiles e inferiores pertenezca al más fuerte y al más hábil».

Tampoco es creación de Nietzsche la palabra superhombre. Antes de él, Mommsen había calificado de super-hombres a los héroes de Esquilo. En 1882, Homberger llamó a Bismarck super-hombre. Goethe se valió del mismo término en varias ocasiones. En las obras de Nietzsche, hallamos por vez primera la palabra super-hombre en el volumen *La Gaya Ciencia*, publicado en 1882. Pero es en el poema filosófico intitulado *Así hablaba Zaratustra*, y publicado en el año siguiente, donde expuso con precisión su pensamiento, dándonos a entender con su prosa poética lo que había de ser el super-hombre, y cómo podría llevarse a cabo tan estupenda creación.

El super-hombre no es un sér sobrenatural. No es tampoco un sér de otra especie. Es nuestra misma naturaleza transfigurada y ensalzada. Hasta el tiempo presente, no ha habido en nuestro mundo verdaderos super-hombres. Ha habido, sin embargo, hombres verdaderamente grandes que se han acercado al ideal sin alcanzarlo jamás. Y enumera Nietzsche varios de estos hombres: César, Federico el Grande, César Borgia, Napoleón, Goethe, Bismarck.

(1) *Also sprach Zarathustra*, § 3. (Así hablaba Zaratustra).

(2) Platón, *Gorgias*, 39.

Para alcanzar tan apetecido ideal de perfección, es preciso efectuar una transformación de todo nuestro sistema de moralidad, rechazando con energía y sin vacilar todas las causas que han contribuido a la degeneración de nuestra raza. Entre estas causas, la más importante y al mismo tiempo la más funesta ha sido, según Nietzsche, el cristianismo. «Toda la doctrina cristiana de lo que se debe creer, la verdad cristiana entera, es pura mentira» (1). «El cristianismo es la abolición de la sociedad; alaba todo lo que la sociedad desprecia; florece entre los hombres más viles, los leprosos de toda especie, las prostitutas, el populacho más ignorante, los *pecadores*; desprecia a los ricos, a los sabios, a los nobles, a los virtuosos» (2).

No solamente debemos renunciar al cristianismo, sino que debemos despojarnos resueltamente de todas las virtudes cristianas. La piedad y la compasión, la humildad, todo esto que por centurias hemos llamado virtud, es vicio horrendo, pues se opone a la fuerza y a la virilidad que deben adornar al super-hombre. «Nada más insalubre, en medio de nuestra moderna insalubridad, que la piedad cristiana» (3).

¿Deberemos a lo menos ser justos? No, por cierto. «Hablar de justicia y de injusticia no tiene sentido; una infracción, una violación, una destrucción, no pueden evidentemente ser algo injusto, puesto que la vida procede esencialmente por infracciones, violaciones y destrucciones, y no podría concebirse siguiendo otro rumbo» (4).

Pero, como para reformar la sociedad, no basta destruir, sino que es preciso edificar, nos enumera Nietzsche algunas de las cualidades que, en la sociedad regenerada, deberán reemplazar estas virtudes pálidas y anticuadas que desde la cuna habíamos aprendido a venerar.

Una de las que parecen más caras a su corazón es la hipocresía. «Nada más raro en nuestros días que la verdadera hipocresía. Me pregunto a veces si esta planta podrá soportar jamás el aire dulzarrón de nuestra civilización. La hipocresía pertenecía a las edades de creencias fuertes, en las que, aun cuando estaba uno obligado a hacer profesión de una fe que odiaba, no abandonaba su propia fe» (5). El super-hombre debe también aspirar a la inmoralidad. «El escepticismo, el derecho de sustraerse a una creencia, la inmoralidad, hacen parte de la grandeza» (6).

Al leer en las obras del cantor de Zaratustra la enumeración de las nuevas virtudes que según él deben infundir virilidad al individuo y nueva energía vital a nuestra raza, quedamos asombrados, y nos preguntamos si la desgracia que so-

(1) *Der Wille zur Macht*, § 102. (La voluntad del Poder).

(2) *Der Wille zur Macht*, § 105.

(3) *Der Antichrist*, § 7. (El Anticristo).

(4) *Zur Genealogie der Moral*, § 11. (La Genealogía de la Moral).

(5) *Das Zwielticht der Idolen*, § 18. (El crepúsculo de los ídolos).

(6) *Der Wille zur Macht*, § 182.

brevino al pobre escritor ocho años antes de su muerte y lo llevó a una casa de locos no se hallaba ya en germen en la época en que escribía páginas tan monstruosas. Pues ¿que será el super-hombre cuya venida Nietzche tanto desea? No un hombre, sin duda, sino un monstruo, un criminal. Sí, un criminal, nos contesta Nietzche. Y ¿por qué no? «Nos repugna la idea de que todos los grandes hombres sean criminales; nos repugna la idea de que el crimen forme parte de la grandeza. Ponerse uno "fuera de la ley," de la tradición, de la conciencia, del deber, todo hombre verdaderamente grande conoce este peligro. Pero lo ama también, ama el gran fin y el medio de conseguirlo» (1). Desgraciadamente estos grandes criminales son raros en nuestros días. «El hombre no es bastante malvado. ¡Qué desgracia que se engañen los adversarios de Rousseau cuando afirman que el hombre es un animal feroz!» (2)

Esta supremacía de la fuerza, esta «voluntad de poder» que se muestra con tanta vividez en cada página de Nietzche, es la misma que hoy día caracteriza la política de la Nación alemana. «La fuerza es el supremo derecho», escribió von Bernhardi en su famosa obra *La Alemania y la guerra futura* (3), y esta máxima, como bien se sabe, ha sido seguida por los ejércitos alemanes desde el principio de la guerra actual. La violación de la neutralidad de Bélgica, la infracción de un tratado firmado con toda solemnidad bajo el pretexto de que no era más que un pedazo de papel, todas estas modificaciones de la fuerza brutal tienen su justificación en la máxima de von Bernhardi y en la filosofía de Nietzche.

No se crea, sin embargo, que el estado mental de la Nación alemana tenga su origen en Nietzche, ni se atribuya al pobre loco de Basilea una influencia que no tuvo. La psicología actual de la Nación alemana tiene raíces más profundas y más antiguas. Es conforme a todos los sistemas filosóficos de la Alemania moderna, a Kant, que deifica a la razón práctica, a Fichte con su yo supremo, a Hegel con su Absoluta idea. Es fiel a los principios de la Reforma, al elemento original de la poesía y de la música alemana. Puede hallarse toda entera en la vieja mitología teutónica. Delante de la civilización greco-cristiana, el espíritu alemán no ha sido nunca domesticado. Y el mérito de Nietzche ha sido el haber encarnado más perfectamente que cualquiera otro el espíritu nacional.

Es verdad que Nietzche—y me lo objetará sin duda alguno de mis lectores—a menudo desprecia a los alemanes y alaba a Francia. «Nosotros los alemanes nos avecinamos más que los franceses al estado bárbaro» (4). El alemán arrastra su alma. No puede digerir los acontecimientos de su vida. La

(1) *Der Wille zur Macht*, § 332.

(2) *Der Wille zur Macht*, § 28.

(3) Von Bernhardi, *Germany and the next War*, translated by A. M. Powles, página 23.

(4) *Jenseits von Gut und Böse*, 256. (Más allá del bien y del mal).

profundidad alemana no es más que una digestión lenta y penosa (1). «Toda la nobleza que ha conocido Europa, nobleza de la seusibilidad, del gusto, de las costumbres, nobleza en el sentido más alto de la palabra, todo esto es la obra y la creación propia de Francia» (2).

Claras, sin duda, son tales citaciones. Nos preguntamos, sin embargo, si ama verdaderamente a Francia el que escribe las líneas siguientes: «La ingeniosidad es la cualidad característica de las razas indolentes, como los judíos, los franceses, los chinos» (3). Quizás el mismo Nietzsche nos da la llave del enigma cuando nos enseña que esta Francia culta y noble es difícil de hallar, pues la Francia que se le ofrece a uno a primera vista es una Francia grosera y estúpida. «La Francia inteligente es una Francia pesimista, en la que se admira a Schopenhauer más que en Alemania; en la carne y en la sangre de cuyos líricos ha pasado Enrique Heine, y en la cual ejerce Hegel una acción soberana, casi tiránica» (4). En otros términos, la Francia que tanto venera Nietzsche es una Francia germanizada; y no hay duda de que los ejércitos de Guillermo II quisieran realizar por la fuerza de las armas el deseo de su ilustre conciudadano.

Y nótese bien que está lejos de oponerse Nietzsche a la guerra y a las conquistas. La guerra universal es el mejor medio para acelerar la venida del super-hombre. Una de las divinidades de Nietzsche es Napoleón Bonaparte. Lamenta el que finalmente haya sido derrotado el gran guerrero, pero se consuela al pensar que la obra de Napoleón ha inaugurado una era de siglos guerreros en que el soldado una vez más vencerá al comerciante, al *filisteo*, a la mujer tan lisonjeada por el cristianismo (5).

En la obra *Der Wille zur Macht*, nos da Nietzsche los remedios contra el modernismo. Hé aquí algunos de ellos:

- 1.—El servicio militar obligatorio, con guerras verdaderas.
- 2.—Una nutrición mejor: la carne.
- 3.—Más espacio, más salubridad en las habitaciones,
- 4.—El predominio de la fisiología sobre la teología y la moral (6).

En la mente del Kaiser, el fin de la guerra actual es el pangermanismo. La idea de una Alemania que domine al mundo entero ha echado desde hace medio siglo raíces profundas en todo cerebro germánico. Ya antes de la guerra de 1870, el famoso poeta Enrique Heine anunciaba a los alemanes que se apoderarían de Alsacia-Lorena, y añadía: «No solamente Alsacia y Lorena, sino toda Francia y el mundo entero que habremos salvado y que será nuestro. Sí, el mundo entero será

(1) *Jenseits von Gut und Böse*, 244.

(2) *Jenseits von Gut und Böse*, 253.

(3) *Der Wille zur Macht*, § 389.

(4) *Jenseits von Gut und Böse*, § 254.

(5) *Die fröhliche Wissenschaft. La Gaya Scienza*, § 362.

(6) *Der Wille zur Macht*, § 42.

alemán. He pensado a menudo en esta misión, en esta dominación universal de Alemania, al pasear meditabundo bajo los abetos eternamente verdes de mi patria» (1).

Y después de Heine vemos a Giesebrecht, el historiador del Santo Imperio, que reclama para Alemania el dominio universal, puesto que es una nación noble y fuerte, y que es derecho del hombre fuerte el dominar a los débiles que lo rodean. Hay otros muchos, historiadores, filósofos, filólogos, poetas; hay libritos para las escuelas primarias y gruesos volúmenes para los eruditos; hay las revistas y los diarios; hay el *Berliner Tageblatt* que afirma en sus columnas que la victoria alemana es necesidad metafísica. Y después de toda aquella armonía, llega a nuestros oídos, grave y serena, la voz de Guillermo II. ¡Cuántas veces no ha hablado del pueblo alemán como del pueblo escogido por Dios para dominar al mundo! Cuando, hace ya quince años, inauguró el emperador el museo romano de Saalburg, pronunció estas palabras: «Consagro este monumento al futuro de la nación alemana. Quiera Dios que en los siglos venideros llegue a ser tan poderosa, tan fuertemente unida, tan extraordinaria como el imperio romano universal, a fin de que se diga en lo futuro: soy ciudadano alemán, como se decía en otro tiempo: *Civis romanus sum*» (2). Y algunos años más tarde, en un campo romano restaurado por él, hizo colocar el Kaiser la inscripción siguiente: «*Traiano imperatori Romanorum, Wilhelmus II imperator Germanorum*» (3).

Esta idea de un imperio universal germánico, está en perfecta armonía con las teorías de Nietzsche. Se lamenta el cantor de Zaratustra de que no haya acertado Napoleón a formar un gran imperio europeo. Ódía a las pequeñas naciones y quiere que desaparezcan de sobre la faz de la tierra. Y ya que no acertó Napoleón a completar la obra magna, ¿quién mejor que Alemania será capaz de darle fin y cima? «El desarrollo es el gran descubrimiento del alemán; es la idea que ha vertido en el vasto imperio de las fórmulas filosóficas; idea soberana que, aliada con la cerveza alemana y la música alemana, está germanizando a la Europa entera» (4).

Si pudiera volver a este mundo el gran pesimista, ¡con cuánto júbilo vería a los ejércitos alemanes tratando de oprimir al derecho con la fuerza.

¿Cuál será el resultado del actual conflicto? Dios lo sabe. Muchas veces ya, en la historia de las pasadas centurias, las huestes germánicas han amenazado la civilización. Pero, cuando hace quince siglos destruyeron el poder del imperio roma-

(1) *Cons. Lavissee et Andler, Pratiques et doctrine allemandes de la guerre.* Página 41.

(2) *Cons. Andrillon, L'Expansion.* Página 106.

(3) *Cons. Lavissee et Andler, Pratiques et doctrine allemandes de la guerre.* Página 39.

(4) *Jenseits von Gut und Böse*, 244.

no, existía una fuente de vida nueva que debía regenerar la humanidad. El cristianismo estaba ya lleno de vigor, y tenía la divina misión de domar y suavizar. Pero si hoy día, como nos lo asegura Nietzsche tan a menudo, ha muerto para siempre el Dios de los cristianos, ¿en qué otro Dios pondrá su mirada el mundo?

Nueva York, 1916.

J. L. PERRIER.

CRONICA QUINCENAL DE LA GUERRA

EN lo que va corrido de febrero ningún cambio de influencia efectiva se registra en los diversos frentes de batalla. No quiere esto decir que el combatir aquí y allá no haya sido continuo, sino que ninguno de los contendores ha logrado ventajas que modifiquen el curso actual de la guerra. La ofensiva alemana en el frente occidental ha sido bastante intensa en los varios sectores, y otro tanto cabe decir de la ofensiva rusa y de la italiana en los respectivos frentes.

Por lo que parece, los beligerantes están preparándose para impulsar con enorme vigor su acción en la próxima primavera. Quizá para entonces llegue a cambiarse el rumbo que los hechos de armas han tenido de meses atrás, y con ello talvez despunte por alguna parte un rayo de luz que haga prever algo sobre la probable terminación del pavoroso conflicto. Cosa semejante se dijo con relación a la primavera del año pasado, y las esperanzas de los que creyeron en cercana paz, fueron fallidas. ¿Lo serán ahora también?

En los Balkanes la situación sigue más y más complicada. Los últimos restos del ejército montenegrino se han entregado a los austriacos, desapareciendo por consiguiente como factor de guerra el heroico hijo de las montañas negras, que hoy por hoy llora la destrucción de

su nacionalidad. El final de la guerra dirá qué suerte le reserva el porvenir a ese hermoso pedazo de tierra balcánica. ¡Interesante figura la del anciano rey Nikita que con sus lares y penates llega prófugo y derrotado a buscar un asilo en generosa tierra gala a manera de nuevo Eneas! En Albania los austro-húngaros avanzan y toman a Durazzo que los servios abandonan retirándose a Valona para juntarse con los italianos que se han hecho allí fuertes desembarcando gran cantidad de tropas y elementos de guerra. De este modo los aliados tienen allí una base de operaciones, cuyo núcleo principal lo constituyen los italianos que han venido a dar la mano y a reforzar a los servios con el concurso también de tropas albanesas, al mando de Essad Pashá. Este grupo puede no solamente contener al austriaco en su avance, sino tomar la ofensiva y maniobrar de acuerdo con las tropas aliadas de Salónica. Con estos dos puntos de apoyo los aliados se mantienen en la península balcánica y dirigen su acción en este teatro de la guerra, de modo eficaz. En Grecia, los anglo-franceses han ocupado el puerto griego de Karaburam y otros puntos que refuerzan su posición en Salónica, la que aún no ha sido atacada por los imperios centrales. Los búlgaros, se dice que exigen para entrar en campaña la cesión de aquella ciudad, cosa a que probablemente no estén dispuestos a acceder los imperios centrales. Entre búlgaros y rumanos hay tensión y pueden de un momento a otro aquéllos invadir el territorio de éstos, obligándolos en tal caso a tomar parte en favor de la cuádruple. Grecia, también por lo que se deja comprender, está en vísperas de tomar una resolución, y sería harto posible, en vista de múltiples motivos, que fuese a favor de los aliados.

Las anunciadas expediciones de los alemanes y sus aliados sobre Egipto y la India, parece que se han quedado en potencialidad, al menos por el momento. En Asia

Menor los turco-alemanes son dueños de los caminos continentales; pero ya se sabe la deficiencia de tales vías para el transporte de tropas y elementos de guerra. No hay más que una línea férrea que une imperfectamente a Constantinopla con la Meca. Parte del país son desiertos, sobre todo las regiones que dan acceso al Canal de Suez, y además, la distancia de Constantinopla al Canal es de 1.000 kilómetros. Al emprender esta campaña, los flancos del ejército asaltante quedarían amenazados tanto en Armenia como del lado del Eufrates por el ejército ruso del Cáucaso y las tropas inglesas del Golfo Pérsico. Mientras los aliados se mantengan en Salónica y en Albania, no parece probable que se intente por los imperios centrales y sus aliados semejante expedición; éstos necesitan no solamente dominar en los Balkanes, sino también hacerse dueños absolutos del estrecho de los Dardanelos y del Bósforo.

Y si esto se dice de la expedición sobre Egipto, ¿qué no podrá alegarse para hacer ver que por lo pronto la expedición a la India entra casi dentro de lo fantástico?

Cable de última hora anuncia que Rumania entra en la guerra a favor de los aliados, lo que seguramente haría cambiar de faz el curso de la campaña balkánica.

Febrero 15 de 1916.

RUIZ DAEL.

Poeta

ALMA SIN ILUSION

Alma sobre la cual pasaron tántas cosas que ya no son. Alma afligida, que empezando la senda de la vida, sola, por sobre espinos, te adelantas.

Alma sin ilusión que ya no cantas porque tu propio acento te intimida; hoy despierta; restáñate la herida; pónte flores; perfúmame las plantas.

Vuélve a entonar la trova sin fortuna del amor. Y si nadie te responde sígue en la noche ilímite clamando....

Alma: hay que ser en el dolor como una casa en que todo ha muerto, pero donde una alondra en prisión vive cantando!

*
* *

¡Alma no llores más! En la infinita armónica amplitud del universo, cada quejumbre tuya es un disperso pétalo que se pierde o se marchita.

Si injusta pena a la canción te incita, fórja en ti misma el gemebundo verso; sé como un cisne que en la noche inmerso, ni canta, ni solloza, ni se agita.

Húndete en el nirvana, de tal modo que en tu espinoso tránsito semejes un niño ciego que lo ignora todo....

¿A qué el reproche en que tu labio insiste?
¡La vida no ha de ser porque te quejes menos cruel de lo que es ni menos triste!

MIGUEL RASCH ISLA.

Febrero, 1916.

REVISTA POLITICA

RECORDARAN nuestros lectores cómo, desde el mes de julio del año próximo pasado, al dar cuenta de la intromisión de autoridades venezolanas en nuestro territorio oriental, apuntámos la urgente necesidad de definir nuestra situación en relación con la ocupación de hecho llevada a efecto por empleados militares de la república vecina.

En vista de acontecimientos posteriores, de los cuales se ha ocupado la prensa diaria y que asumen la más alta gravedad, de nuevo lanzamos hoy un grito de alerta, a fin de llamar la atención pública hacia los manejos de nuestros vecinos, a todas luces sospechosos y atentatorios de nuestra soberanía en regiones colombianas.

Antes de relatar las recientes incursiones del Presidente del Estado de Apure en nuestro territorio, con fuerza armada, y cómo ingenieros venezolanos levantan mapas y planos en tierra que nos pertenece, debemos insistir en la importancia de pesar la actitud de nuestros vecinos y de sondear sus intenciones.

Desgraciadamente Colombia ignora a Venezuela. No vemos o no queremos ver su progresivo adelanto: sus periódicos, incluyendo los de provincia, que tiran de cada edición mayor número de ejemplares que los del diario de más circulación entre nosotros; la reforma militar, que ha hecho de su ejército una masa muy importante de combate, dotada de modernos adelantos; su red de carreteras, construidas en los últimos años, que comunican la capital con las más apartadas regiones y que en un momento dado pueden ser vías estratégicas, especialmente las que

avercinan a nuestra frontera: éstas nos recuerdan las líneas férreas de doble vía construidas por Alemania a lo largo de la frontera francesa, en tanto que Francia creía en la paz exterior y se agitaba en antipatrióticas convulsiones políticas (1); sus buques, hoy dedicados al comercio, mañana quizás convertidos en transportes militares, que surcan las aguas del Zulia y del Orinoco; la habilidad de su diplomacia que, como la del Perú, sostiene hoy las mismas tesis que afirmaba hace medio siglo; el carácter firme y guerrero de sus habitantes, que los lleva a la acción si encuentran un caudillo que les prometa la victoria; su mismo florecimiento científico y artístico que ha dotado a la historia, a la pintura y a la literatura nacionales con nombres de excepción en Hispano-América. El caudillaje militar ha pasado por sobre Venezuela sin embobrecerla ni deprimirla. La dictadura no ha detenido su creciente progreso ni ha cortado las alas de la nacionalidad que, antes por el contrario, se afirma día por día.

Tal es nuestra opinión sucinta sobre las características del país con el cual Colombia debe definir cuestiones fronterizas. En interés de ambas cancillerías está el

(1) Con el título de *Los venezolanos quieren dominar el comercio del norte de Santander*, la prensa ha publicado el siguiente telegrama del General Luis Morales Berti:

«Cúcuta, febrero 10 de 1916.

«Nuevo Tiempo.—Bogotá.

«El Gobierno venezolano adelanta activamente desde mediados de enero la carretera de Colón a Ureña, población fronteriza la última, distante seis kilómetros de esta ciudad. Recientes informaciones de San Cristóbal, que publica la prensa de Caracas, evidencian los propósitos de abarcar dentro de breve tiempo el movimiento comercial de esta región colombiana, en beneficio del ferrocarril del Táchira. Triste es conocer que mientras aquí fatigamos nuestras energías en discusiones estériles, de un bizantinismo político imperdonable, otros países, quizá con menos elementos de vida que el nuestro, preocupan por dar impulso a obras de porvenir y patriotismo.

Morberti».

que ellas se lleven a efecto sobre bases de cordial amistad y de mutua conveniencia. Del espíritu que guía la negociación puede dar indicio la reciente visita que hizo a nuestro Gobierno el señor Demetrio Lossada Días, Correo de Gabinete del Gobierno de Caracas, y quien debió llevar las más favorables impresiones sobre los buenos deseos que mantiene Colombia de arreglar sus litigios de límites con Venezuela.

Coinciden, sin embargo, estos preliminares de negociación con la clausura por parte de nuestro Gobierno de las Aduanas de Orocué y Arauca (1) y con las noticias sobre los últimos desmanes de la irrupción venezolana en nuestra región fronteriza.

El 19 de julio pasado se internó en territorio colombiano, a bordo del vapor *Amparo*, el Presidente del Estado de Apure, General Pérez Soto, acompañado de cuarenta hombres de línea. Pérez Soto aprisionó al colombiano Galo Uribe y lo aherrojó en la bodega del vapor. La soldadesca robó a la madre de Uribe sus joyas y enseres. Otro colombiano, Pedro Betancourt, fue también saqueado y conducido preso a bordo del *Amparo*. Los soldados hicieron fuego sobre una canoa tripulada por colombianos, quienes huían de los asaltantes. En siguiente irrupción llevada a efecto el 10 de agosto, Pérez Soto llegó por tierra, acompañado de gente armada, en busca de unos asilados venezolanos, y exigió del Corregidor colombiano, señor Sinforoso Rebolledo, baqueanos que lo acompañasen. Este le dio a Alfonso Blanco. Dos empleados del corregimiento, Alejandro Boyé y Antonio Araña, se hallaban en la sabana. Al siguiente día Pérez Soto se presentó de nuevo ante el Corregidor con cinco hombres armados y le pidió una embarcación para bajar el río, la que le fue suministrada. Entretanto, ni Blanco, ni Boyé

(1) Véase REVISTA MODERNA, entrega de julio de 1915, página 70.

ni Araña regresaban al corregimiento. Temiendo un asesinato, Rebolledo se dirigió a la casa que había ocupado el Presidente de Apure. Tras mucho rastrear dieron con una sepultura recién cubierta. El Corregidor ordenó abrirla y en ella se encontró el cadáver de Araña. Se dice que Blanco, el baqueano, se halla preso en San Fernando.

Pero no es esto todo. En el mes de septiembre llegó a Mata de Guanábano una comisión de ingenieros venezolanos, provista de completo instrumental. Clavaron estacas, pusieron banderolas y tiraron líneas de una a otra banda del río, cuyas dos márgenes son colombianas. Los ingenieros manifestaron al corregidor que se ocupaban en levantar un plano, pero que «ignoraban que ese punto perteneciera a Colombia».

Coincide la llegada de la comisión con un decreto del Presidente del Estado de Apure, de fecha 22 de noviembre último, por el cual «se ordena la compra de una lancha de gasolina y se establece estricta vigilancia en la frontera colombiana». Dicha lancha debe tener capacidad para «el transporte de una compañía de fuerza de línea». El artículo 5.º del citado decreto dice: «El ejecutivo del Estado dictará *órdenes privadas* para las constantes recorridas de esa embarcación por el río Arauca, a cargo de un jefe experto y activo de *reconocida circunspección*».

¿Qué significa todo ello?... ¿Qué clase de funcionario es aquel Presidente de Estado venezolano que ordena asesinatos de colombianos y necesita luégo una lancha armada, que a nuestro recuerdo trae aquellas peruanas que actuaron en *La Pedrera*?

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que lo que para nosotros son territorios abandonados, para Venezuela son campos de activa acción y vigilancia en donde levantan planos sus ingenieros y por cuyos ríos navegan lanchas de gasolina tripuladas por fuerzas de línea.

¿No será el general Pérez Soto un segundo Benavides?

*
* *

El señor Ministro del Tesoro anuncia en importante documento que el déficit para el presente año alcanzará a \$ 3.500.000. «La necesidad del día, dice el señor Ministro, es simplemente vivir, y como los medios son exiguos, debemos atenernos a ellos viviendo como pobres».

Al contemplar los desastrosos resultados obtenidos con el plan fiscal en vigor, debemos preguntar: ¿en qué se han convertido las promesas de la Ley 126 de 1914, sobre arbitrios rentísticos? Desde nuestras páginas combatimos esa ley, porque la considerámos estéril y pueril. Los hechos, que en este caso son números, los del informe del señor Ministro del Tesoro, se han encargado de confirmar nuestras previsiones en escala más amplia de lo que hubiéramos podido prever.

¿Cómo puede la actual administración combatir el déficit que amenaza sitiarlo? La respuesta la ha dado el señor Ministro: viviendo como pobres. Aplaudimos esa determinación, y sólo deseamos que ella no sea una simple opinión del encargado de nuestras finanzas, sino un propósito firme del Gobierno. Suprimir gastos cuantiosos e inútiles, como muchos que conocemos; reducir el personal administrativo, en el cual se invierten algo como las dos terceras partes del Presupuesto de Rentas; poner con mano férrea orden en donde reinaba el desgreño: hé ahí un programa cuya aplicación no debiera comenzar hoy, sino desde el momento en que empezó a acentuarse la crisis fiscal.

Por singular y explicable contraste, mientras el Gobierno se halla en bancarrota, el país adelanta y prospera. El problema fiscal es de gravedad suma: el económico se halla resuelto. Refiriéndonos únicamente al renglón de exportación de café, la cosecha, que en 1915 alcanzó

a cerca de un millón de sacos, se halla calculada para este año en un millón doscientos mil. La cotización del café en el mercado de Nueva York no ha bajado de diez centavos la libra. Se puede calcular, por lo tanto, que nuestra exportación en 1915 y 1916 no será menor de \$ 11.000.000. Buena parte de esta suma representa un fondo a favor de la riqueza nacional que queda en depósito en el extranjero.

*
* *

La noticia de que el Tratado pendiente con los Estados Unidos puede sufrir en el Congreso norteamericano modificaciones sustanciales o ser rechazado, a pesar del interés del señor Wilson en obtener la sanción definitiva de aquel pacto, autorizado por él de la manera más solemne, y al cual no se hubiera prestado seguramente la Cancillería colombiana sin la certeza casi absoluta de su ratificación, ha causado doble impresión en el público: amargo desencanto y justificado desdén. Lo primero, porque no obstante amistosas palabras y protestas continuamos expuestos a la imposición brutal de la fuerza representada por Roosevelt y sus amigos, para quienes Colombia significa un odio y un remordimiento; lo segundo, porque los opositores del Tratado, creyendo trabajar contra nosotros, luchan en realidad por desprestigiar la causa norteamericana en Sur América y empiezan a darnos así la más eficaz de la revanchas. La improbación del Tratado, más que una falta de justicia, será para los Estados Unidos error irreparable de cálculo político.

Como «acto de estricta justicia y clara conveniencia» ha sido calificado el Tratado de 6 de abril por el Gobierno del señor Wilson; pero los adversarios del Presidente de

la Unión y algunos de entre sus propios amigos no lo entienden así, cegados los unos por la pasión política, que sólo tiene ojos para ver el triunfo del momento, desviados los otros por imperfecto conocimiento de la verdad. Unos y otros olvidan que el poder que en vez de ponerse al servicio del derecho pretende dominarlo, se llama iniquidad y que la imposición de la fuerza sobre la justicia es barbarie. El poder es hoy de ellos, pero el derecho será siempre nuestro.

Se ha atacado el Artículo I del Tratado como un acto insólito. Sin embargo, el arreglo que celebraron en 1871 la Gran Bretaña y los Estados Unidos para terminar la reclamación del *Alabama* comienza de manera idéntica, sin que con ello creyera el pueblo inglés afectada su dignidad y su orgullo. Entonces no se trataba, como en nuestro caso, de una violación intencionada y manifiesta de derechos fundamentales y de compromisos contraídos a cambio de concesiones recibidas: era cuestión únicamente de una involuntaria violación de neutralidad, resultante de falta de vigilancia en las patentes marítimas. Y aquel arreglo por el cual el Gobierno inglés declaró su pesar a causa de lo ocurrido, no sólo no se consideró depresivo o innecesario, sino que constituye una de las más hermosas páginas en la historia de un hombre de Estado que fue baluarte de rectitud: Gladstone. En cambio, los opositores del Tratado en Washington pretenden encontrar algo de excesivo en la alusión tenue a un acto, el más incalificable en relaciones internacionales, confesado ya por Roosevelt desde la tribuna de su soberbia incontenible, reconocido claramente en diversas formas oficiales y ahora por el señor Wilson con honradez que lo engrandece, cuando sancionó el Tratado que se firmó en Bogotá.

Tal es el punto cardinal. En lo que se refiere al Artículo III, es incomprensible que los Estados Unidos, que velan

ante todo por su ensanche comercial, quieran colocar en la balanza de los mercaderes de Venecia una cuestión que representa para ellos la amistad de un pueblo agraviado y la confianza de todo un continente: eso que se conoce en el comercio con el nombre de *good will*, es decir, buena voluntad, fe en una firma. Quienes estiman que veinticinco millones de dollars son suma demasiado crecida, pudieran decir cuánto valdrían para Colombia los solos derechos en el Ferrocarril de Panamá, y cuánto ha perdido en Suramérica el comercio norteamericano por la desconfianza y recelos que engendró la política de Roosevelt? Una vez derrotado en Washington el Tratado con Colombia, no serían mayores el recelo y la desconfianza que si nunca se hubiera firmado?

«Colombia no ha renunciado a la idea de llevar sus diferencias con los Estados Unidos ante un tribunal de arbitraje. El proyecto se ha pospuesto porque la Administración Wilson presentó la posibilidad de un arreglo directo.... Mientras el Senado no apruebe el tratado pendiente, los derechos de Colombia seguirán pesando con todo su peso contra la legalidad del título que los Estados Unidos adquirieron de Panamá; y si la indemnización se pospone, Colombia continuará reclamando sus derechos y presentará su queja al Supremo Tribunal de La Haya, en quien reposa la alta misión de impartir justicia a los pueblos. Entretanto el ideal del panamericanismo será un imposible y los esfuerzos de hombres de estado, previsores y prácticos, en el sentido de efectuar el acercamiento entre los continentes americanos serán estériles» (1).

Así se expresa una de las más autorizadas publicaciones de Nueva York, y esas palabras traducen fielmente el pensamiento y el último recurso de Colombia.

(1) THE NORTH AMERICAN REVIEW. *The Colombian Treaty: its legal and moral aspects*. Enero de 1916.

En París, en el Palacio de Justicia, existe una puerta que no se cierra de día ni de noche, por tradición que comienza desde tiempos de Luis XIII. El símbolo quiere decir que al derecho no se le obstruye el paso, y Colombia espera que el suyo acabará por abrirse camino. Pero experiencia enseña, y el día en que vaya a llamar a las puertas del Tribunal de La Haya, si allá nos reducen, procurará presentarse apoyada por alguna nación fuerte y amiga. Entonces, no seremos nosotros, que hicimos esfuerzos supremos de olvido, sino el Senado de los Estados Unidos quien nos imponga la nueva doctrina: Colombia para todos menos para los norteamericanos.

*
* *

Caso sin precedentes en nuestra historia es lo ocurrido con ocasión de la conferencia a que fueron citados los periodistas de la capital, el día 4 del presente mes, por el señor Ministro de Relaciones Exteriores. Sabido es cómo nuestro Canciller, con discreto tacto y altísimo patriotismo, creyó conveniente poner en conocimiento de la prensa las modificaciones que la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado americano introducía al Tratado del 6 de abril. La exposición verbal del señor Ministro sobre tan importante particular no pudo ser más precisa y elevada. En ella se limitó a exponer las consecuencias que para la suerte del Tratado—toda vez que las citadas modificaciones no habían sido todavía consideradas—tendría el que la prensa, «fábrica de la opinión pública», tratase tan delicado asunto en forma vehemente y encendida. No debía olvidarse que el señor Wilson y su Gobierno y el Ministro americano en Bogotá, se habían mostrado decididos amigos de Colombia y defensores de sus derechos. La acritud de la prensa podría traer desagradables conse-

cuencias especialmente en relación con el diplomático americano, nuestro huésped y amigo, si en estos momentos se revivían viejos resentimientos. La actitud de la prensa debería ser firme, pero al mismo tiempo moderada. En síntesis, nuestro Canciller pedía que tan grave asunto se tratase, en tanto que se recibían noticias más explícitas sobre el curso de la negociación, con la mayor circunspección y respeto.

¿Puede pedirse a un Ministro de Exteriores, preguntamos, palabras más cuerdas y opiniones más exactas y sensatas?

A la conferencia asistieron diez y seis periodistas. Ninguno de ellos durante la reunión ni inmediatamente después de ocurrida vio, en la actitud del jefe de la Cancillería, tendencia a imponer opinión alguna y mucho menos la de que Colombia debiera aceptar las modificaciones al Tratado. La conferencia terminó en medio de la mayor cordialidad; algunos de los presentes habían tomado la palabra para emitir conceptos particulares, en un todo de acuerdo con las ideas del Ministro; el fotógrafo de un periódico ilustrado tomó una vista de los concurrentes.

Cinco días después de haber tenido lugar la conferencia, *El Pueblo*, de Barranquilla, publica un telegrama, que le fue comunicado de Cartagena por el doctor Manuel Dávila Flórez, en el cual se afirmaba que «Ministro Relaciones Exteriores manifestó a junta periodistas conveniencia de aceptar modificaciones Tratado». Bien pronto se supo quiénes habían lanzado a Cartagena tan extraordinaria especie: los directores de tres periódicos, que habían asistido a la conferencia, que en ella no habían protestado, como hubiera sido elemental deber de patriotismo, contra las pretendidas falaces palabras de nuestro Canciller y que, por el contrario, aparecen retratados a su lado!

Nosotros, testigos presenciales de lo ocurrido en la conferencia, y teniendo sólo en cuenta la justicia y la ver-

dad, declaramos categóricamente ser inexacta la actitud atribuida al señor Suárez, y protestamos con firmeza contra la actuación de los señores Directores de *La Unidad*, *La Patria* y *La Tribuna*, cuyo móvil en tan desgraciado suceso nos es impenetrable.

La conducta de aquellos periodistas, aun suponiendo fuera cierta su afirmación—forjada en frío y calculada como se asesta un golpe—no tiene excusa posible. ¿No vieron acaso que si las noticias recibidas de los Estados Unidos eran de sondeo sobre la opinión colombiana respecto a las modificaciones, ellos trabajaban precisamente en contra de los intereses de la patria?

Han podido esperar, para quitar la máscara al Ministro de Exteriores, pocos días más. Entonces talvez el país los hubiera creído. Hoy su afirmación es escuchada con estupor. Nadie puede dudar ni de la veracidad de trece periodistas que la han infirmado oyendo la voz de su memoria y de su conciencia, ni del patriotismo del Jefe de nuestra cancillería, cuya rectitud está por encima aun de los más audaces golpes de sus adversarios.

Lo ocurrido es un signo del tiempo. Hay algo de podrido en nuestro organismo. ¿De qué admirarnos si nuestros vecinos ocupan nuestro territorio y nos consideran pueblo de conquista; si por parte de un gratuito ofensor se nos escatima el reconocimiento de nuestro derecho? Más que el extranjero, son los propios hijos de Colombia quienes se convierten en los trajineros de su desastre: fueron ayer las voces de separación; es hoy el más penoso incidente que registra la historia de nuestra mezquindad política; ¿qué ocurrirá mañana?...

LA DIRECCIÓN.

Febrero de 1916.

Notas.

Con este título y bajo la dirección del señor Rafael M. Mesa Ortiz aparecerá «Colombianos ilustres».

en breve una interesante y variada colección de estudios biográficos y críticos, que llevan la firma de distinguidos escritores y que han de formar conjunto de altísimo valor para nuestra historia y literatura. Entre ellos: José Joaquín Ortiz, por R. M. Carrasquilla; Julio Arboleda, por M. A. Caro; Manuel Ancizar, por J. M. Samper; Rufino J. Cuervo, por Antonio Gómez Restrepo; Miguel Antonio Caro, por Marco Fidel Suárez; M. M. Mallarino, por Hernando Holguín y Caro; Santiago Pérez, por Santiago Pérez Triana; José María Córdoba, por Eduardo Posada; Alberto Urdaneta, por Emilio Cuervo Márquez; Luis Antonio Mesa, por Jesús María Henao; Jorge Tadeo Lozano, por Fabio Lozano y Lozano; Luis A. Robles, por Enrique Olaya Herrera; Diego Fallon, por J. J. Casas; José Fernández Madrid, por Arturo Quijano; Juan Evangelista Manrique, por Luis López de Mesa; Teódulo Vargas, por Jorge Wills Pradilla; José David Guarín, por Pedro Gómez Corena, etc.

Felicitamos al señor Mesa Ortiz, por la importante obra que prepara, la cual honrará la memoria de nuestros muertos ilustres y será valioso documento de información y consulta.

Cambio de billetes. Por decreto ejecutivo de 2 del corriente se ha fijado el día 1.º de marzo próximo para iniciar el cambio del papel moneda que circula actualmente, por los billetes representativos de oro fabricados en Nueva York.

Aunque los nuevos billetes parecen no significar por el momento otra cosa en la práctica que el cambio de un papel gastado por un papel fresco y supresión de inútiles ceros, serán bien venidos como providencia de higiene y aseo y como factor de simplificación en las cuentas.

Respecto a la moneda de plata, es de esperarse que se adopten medidas de toda eficacia para perseguir las falsificaciones que han alcanzado proporción alarmante. Si a la incomodidad para manejarla se agrega la inseguridad, no es extraño que venga a perjudicarse y a perturbar la circulación con justos descuentos que el público tendrá derecho de imponerle en defensa de sus intereses.



Informes bancarios. Han llegado a nuestra mesa los balances del segundo semestre de 1915, presentados a las respectivas Asambleas de Accionistas por la Junta Administrativa del Banco de Colombia, que preside don Ernesto Michelsen, y por el Gerente del Banco de Bogotá, don Carlos Camacho. Ambos documentos comprueban el acierto de las operaciones verificadas y los progresos obtenidos. El Banco de Colombia presenta una utilidad neta de \$ 81.969-50 y reparte un dividendo de \$ 3 por acción. El Banco de Bogotá, después de haber elevado su capital a \$ 500.000, realizó una utilidad líquida de \$ 66.954-07 y distribuye por acción un dividendo de \$ 2.

La diferencia en el monto de los dividendos distribuidos corresponde a la diferencia en el valor de las respectivas acciones, sosteniendo así ambas entidades la firme cotización de sus títulos, no obstante la disminución de movimiento comercial, y afianzando su reputación como sólidos establecimientos de crédito.



«Hilando
la vida».

Con indiscutible y merecido encomio ha sido estudiada ya por la crítica la comedia original de don Máximo Lorenzana, que, hábilmente interpretada por la Compañía Jacinto Benavente, subió a la escena del Municipal en la noche del 10 del presente.

Hilando la vida es el título de la pieza, cuyo argumento se halla vinculado al sacrificio del hijo que, por salvar el honor de su padre, comprometido en no limpias operaciones de dinero, se ve forzado a renunciar a un antiguo amor, verdadero y hondo, y a dar palabra de matrimonio a una rica heredera. Pero el corazón triunfa, y, habiendo logrado Gabriel solventar la situación paterna, recibe de labios de Matilde la esperanza de rehacer la perdida felicidad.

La acción, que delineamos a grandes rasgos, se desarrolla en tres actos, preparados y escritos con esmero, y culmina en el segundo con intensidad dramática que arrancó merecidos aplausos. La última escena del tercer acto corona la obra con delicado sentimiento: ella traduce la inspiración de un escritor versado y conocedor del teatro moderno. Las figuras de Matilde y la madre de Gabriel se nos aparecen como características del ambiente bogotano.

Hilando la vida ha entrado a ocupar puesto de honor en el teatro nacional.

**Lo que dicen
los americanos
de Puerto Colombia.**

No es de ahora que la sanidad americana viene poniéndole de manifiesto al Gobierno la necesidad urgente de sanear nuestros puertos, especialmente los del Pacífico, donde las fiebres epidémicas de diversa índole vienen flagelando de tiempo atrás a los habitantes de aquel litoral.

En Puerto Colombia estuvo en días pasados un médico de la sanidad yanqui, y declaró que nuestro balneario se encuentra en lamentable estado de desaseo. Vino después a Barranquilla y manifestó extrañeza profunda de que nuestro pueblo se vea obligado a consumir un agua tan sucia como la que nos llega del río, sin hacerla pasar antes por filtros que la depuren. Nada de raro tiene, de consiguiente, que el Gobierno reciba dentro de poco, respecto de Puerto Colombia, una solicitud igual a la que da motivo a este comentario.

(La Nación, de Barranquilla).

BIBLIOGRAFIA

Cisneros, por Alfonso Javier Gómez. (Medellín, 1915).

De este estudio escrito con admiración y cariño, y que ilustra importante página en la historia del progreso material de Colombia, recortamos:

«Colombia debe al precursor de muchas de sus grandes mejoras materiales una ofrenda de inmarcesible frescura, pagadera no en vacuas ostentaciones estatuarias, sino en el templo de los íntimos recuerdos, de aquellos que comprueban la supervivencia de las glorias colectivas y la fecundidad de los sentimientos de gratitud en el alma de los pueblos patriotas.

«Y Antioquia, la tierra de infanzonas tradiciones y de ejecutorias de laboriosidad, la montaña épica y colonizadora, donde toda generosidad tiene su imperio y su nidal toda hidalguía, no dejará crecer el jaramago del olvido en redor de la figura del héroe que, al perforar la nuez de sus entrañas, marcó el aniquilamiento de la barbarie y abrió cauce a las corrientes de la regeneración verdadera».

La obra de *Cisneros* se resume en las palabras citadas por el señor Gómez al principio de su obra: «todo el alfabeto del progreso nos fue enseñado por él».